

Una vez fallecido Antíoco Sideta, cambió completamente la situación de Juan Hircano. Aquella muerte venía a emanciparlo, y aunque no tuviera el título de rey, le dejaba un grado de libertad que ningún etnarca judío había poseído hasta entonces. Desde aquel momento Judea tiene en realidad un soberano que trabaja por los intereses judíos. Ningún ejército sirio volverá a recordar duramente a Jerusalén su vasallaje, que, sin embargo, será un hecho, pues la soberanía siria durará hasta que empiece la romana. Judea era demasiado pequeña materialmente para librarse de las grandes hegemonías que se disputaban el mundo.

A pesar de haber sido derrotados en ocasiones, los Macabeos han vencido. Está segura la existencia independiente del judaísmo.

Por toda Siria se iniciaba un período de emancipación municipal y provincial. Comienzan entonces las eras de las ciudades de Fenicia y Cesiria. Al debilitarse el poder central de los seléucidas, dejaba a las individualidades locales medios para afirmarse. Multiplicábanse los tiranos y las dinastías. Realizóse el fenómeno, que se creía imposible, de una autonomía israelita. Ésta duró sesenta años, período transcurrido entre la dominación griega y la romana, pero el experimento no fue feliz. La *Thora* no era para regir un Estado. De ella saldría una iglesia, no una patria.

Israel era soberano absoluto de sus leyes y tenía autoridad para aplicarlas. La felicidad del pueblo fue real, sobre todo, bajo el principado de Simón. La ley se practicaba rigurosamente, y el objeto parecía alcanzado. Puede decirse que el ideal judío tuvo sesenta años de completa realización, desde la muerte de Antíoco Sideta hasta la toma de Jerusalén por Pompeyo. Había tribunales encargados de aplicar la Ley. La autoridad judía disponía los suplicios, y la fuerza pública no era más que ejecutiva. La distinción entre lo temporal y lo espiritual existía menos aún que en tiempo del poder temporal del papado. La paz fue completa durante estos sesenta años. Puede decirse que el experimento resultó completo. Si la dicha de la humanidad pudiera proceder de la *Thora*, se habría realizado durante este período en Judea. Sin embargo, este período fue precisamente lo que más enérgicamente combatió Jesús; la burguesía religiosa, el fariseísmo, el saducismo, el materialismo religioso, la idea de que justifican al hombre las prácticas religiosas y no la pureza de corazón.

El período asmóneo es uno de los más entristecedores de la historia. No se ha de juzgar a Israel por él. Una iglesia oficial convertida en cátedra de sutilezas, una corte que no es civilizadora, una nación trabajada por un mal profundo; tal era la realidad. Pero de todo se resucita, incluso de eso. El pueblo judío se encontraba en el estado de una nación que tiene un subsuelo admirable, pero se ha formado sobre él una corteza y hay que esperar a alguien que sepa romperla, y ése no vendrá del mundo oficial ni de Jerusalén, ni del círculo de escribas y doctores, sino de Galilea, de las entrañas del pueblo. La sociedad oficial no tenía moralidad elevada, ni arte, ni ciencia, ni ideal, ni progreso. Hacía libros sublimes que no se entendían y bocetos sorprendentes de reforma social, que se

convertían en códigos mezquinos. Orígenes decía con razón que la Ley de Moisés, considerada como ley civil y política, es inferior a la mayor parte de las de los legisladores griegos. Una secta religiosa no se convierte en nación.

Los antiguos profetas habrían sido los primeros en protestar contra el modo abusivo de aplicar sus ensueños. Habían formulado sus aspiraciones, y no redactado un código. Todo se observaba sin distinción, hasta las utopías y artículos menos racionales, el año sabático, el año jubilar, que en diversas circunstancias originaron grandes apuros, la unidad absoluta del lugar para celebrar fiestas, prescripción que dos o tres veces al año llenaba a Jerusalén de gente. El judaísmo oficial se transformó en religión de prácticas molestas que absorbían la vida sin embellecerla. Esas prácticas, sin un poder que las sancionara, eran leyes del Estado. Nada más intolerable. Las costumbres, además, eran duras, ásperas y egoístas. La santidad, como en los primeros tiempos del islamismo, podía compaginarse con costumbres de bandoleros. Aquellos santos se despojaban y asesinaban entre sí. Por fortuna, algunas buenas almas conservaban la dulce tradición de la cual saldrá Jesús.

Durante aquellos tristes años se desarrolló el espíritu de conquista. El resultado más claro del período asmóneo fue la circuncisión forzosa de muchos pueblos de raza no israelita. Los tres primeros Macabeos habían sido valientes hombres de guerra y Juan Hircano siguió su ejemplo. Su reinado fue grande militarmente. No hizo sus conquistas con israelitas dedicados de pronto a este ejercicio nuevo para ellos, pues el israelita abandonó las armas cuando dejó de animarle la religión. Hizo Hircano sus conquistas con mercenarios extranjeros, pagados con el dinero sagrado que los devotos daban al templo y con las riquezas encontradas en el sepulcro de David. Mala educación para una nación.

Judas Macabeo, Jonathán y Simón habían realizado numerosas expediciones fuera de Judea, pero no con la intención de conservar las poblaciones que tomaban. Sólo habían sido anexionadas Joppe, Gezer y algunas localidades cercanas, y su posesión había sido discutida o expuesta a los azares de una guerra desdichada, porque los reyes de Siria las reclamaban a cada paso o exigían indemnizaciones. Ahora ya no será así: las conquistas serán duraderas. Judea se engrandecerá realmente, y como la regla de esas conquistas será que los habitantes se sometan a la circuncisión, se ve con esto que ya no puede tomarse en serio la teoría de la raza judía, pura y exenta de mezcla. El judaísmo va a ser una religión conquistadora, que se agrega elementos tomados de todas partes, unos por efecto de un proselitismo laudable, otros por la violencia y la coacción.

Juan Hircano estuvo constantemente batallando contra los pueblos vecinos de Palestina y, al parecer, sus armas siempre fueron victoriosas en el combate. Después de un sitio de seis meses, se apoderó de Medaba. Luego atacó a los samaritanos, tomó a Siquem y el monte Garizim, cuyo templo destruyó. Inmediatamente emprendió su expedición más importante, contra Idumea, anexionándose las poblaciones de Adora y Marisa. Todos los idumeos fueron circuncidados, y pasaron en adelante por judíos. De allí vendrá Herodes, futuro soberano de Judea. Pero las

aristocracias tienen buena memoria cuando se trata de humillar a los plebeyos religiosos y políticos, y para los judíos el idumeo fue siempre un judío a medias.

En Samaria se centraban los odios más persistentes contra el nombre judío. Juan Hircano tuvo que volver a la carga en los últimos años de su reinado. Los samaritanos sitiados pidieron auxilio al rey de Siria, Antíoco de Cisica, y éste fue el motivo de la última expedición siria a Palestina. Pero esta vez pudieron con ella fácilmente los judíos, aunque la sostuvo Tolomeo Latiro, rey de Egipto. Quizá se sintiera la influencia romana. Además, el esfuerzo sirio y el egipcio fueron muy flojos. En Egipto la reina madre Cleopatra favorecía a los judíos, a pesar de su hijo, poniendo al frente de su ejército a los generales judíos Helkiah y Ananiah, hijos de aquel Onías que construyó en Heliópolis un templo cismático.

Samaria fue tomada después de un sitio de un año. El odio judío se desahogó bien. La ciudad fue destruida con refinamiento para que no quedase rastro de ella. El día de su destrucción (25 de noviembre) se inscribió como fausto en el calendario. Este acontecimiento ocurrió probablemente el año 208.

Temporalmente el reinado de Juan Hircano fue muy feliz y restableció al reino casi en sus antiguos límites del tiempo de Salomón. A pesar de alguna dificultad interior, siempre fue respetado por el pueblo. Se le atribuía un poder sobrenatural, o se decía más bien que el sumo sacerdote, por el oráculo que llevaba colgando en el pecho, tenía el don de doble vista, especialmente cuando quemaba el incienso de la noche. Como su hijo debió de ser filoheleno, al menos en el orden profano.

Nunca tomó el título de rey. Fue sumo sacerdote soberano, en el sentido teocrático y republicano. Sus monedas, sin efigie, llevan la leyenda:

JUAN, GRAN SACERDOTE, Y EL SENADO DE LOS JUDÍOS.

JUAN, GRAN SACERDOTE, JEFE DEL SENADO DE LOS JUDÍOS.

Aún Jerusalén era una ciudad de sacerdotes: el sumo sacerdote es el jefe de la comunidad, representada por el Senado o *gerusia*.

Efectivamente, aquélla era una república teocrática. La palabra que traducimos Senado o *gerusia*, la traducen otros por comunidad. Las inscripciones de Cartago confirman el primer sentido. Por otra parte, en aquellas antiguas sociedades no se hacían tales distinciones. No había idea entonces del sufragio universal. A la ciudad sólo la representaban sus ancianos.